



NEPOTISMO

EL nepotismo ha sido en México una enfermedad endémica a los Presidentes de la República o al grupo que gobierna. Nada tan funesto para la Patria, y cruel para sus habitantes, como la inmensa parentela y amigos de la infancia que cada mandatario lleva consigo al seno del Gobierno.

Los hijos, sobrinos, yernos y cuñados son generalmente los que culminan en la repartición de los negocios públicos, de los altos empleos, comisiones diplomáticas, empréstitos, conversión de deudas, adquisición de productos extranjeros y todo lo que deja pingües utilidades.

Bien sabido es que una recomendación de «Carmelita» no se tomaba sino como orden terminante en las Secretarías de Estado, en el Ejército, en la Inspección General de Policía y en toda la vida pública y privada del país, puesto que éste y sus habitantes eran de D. Porfirio, y su dinastía podía disponer como cosa propia y a su antojo de cuanto le viera en gana.

Dicen que la señora del general Díaz fué también quien tuvo a bien dar de nuevo personalidad al clero mexicano, que después de la administración del Sr. Juárez había quedado políticamente nulificado.

Entre los cuatro o cinco ingenieros que favoreció don Porfirio Díaz para llevar a cabo los trabajos más cuantiosos, escogió a su hijo «Porfirito», a quien le dió el mayor número de contratos de construcción de edificios, por valor de una gran cantidad de millones de pesos, probando con su enriquecimiento que a su padre le faltaba por completo el pudor que debe tener todo monarca que domina un país más o menos serio; pues en ninguna parte del mundo, ni aun en las más tristes Repúblicas latino-americanas, los dictadores se atreven a contratar con sus propios hijos por millones de pesos. Don Porfirio Díaz debía haber usado, como lo hacen los Presidentes decentes de Sud-América, de simple inmoralidad, contratando con un representante de sus hijos o pariente en tercer grado. Pero con la desvergüenza con que se hizo en México, la indignación del pueblo mexicano fué unánime, y la Revolución de 1910 no necesitó presentar batallas campales para derrocar al Dictador.

Postergó también el general Díaz a ingenieros de gran talento, de honradez y de esfuerzo, lo cual le fué funesto. Unió a esto la protección que, en el propio asunto de Ingeniería y Arquitectura, prodigó el general Díaz a los extranjeros, encargándoles la construcción y la ejecución de los edificios monumentales que de diez años acá se han levantado en la capital de la República. Allí están, como comprobantes de que el nepotismo se unió al extranjerismo para hacerse más odioso, el Correo, el Teatro Nacional, el Ministerio de Comunicaciones y el no terminado Palacio Legislativo. Italianos y franceses ejecutaron esas obras, las proyectaron, las dirigieron y cobraron elevadas cantidades.

Es verdad que en este asunto del extranjerismo fué un gran colaborador del general Díaz el Ministro Limantour, quien se mostró siempre absolutamente escéptico respecto a las facultades de los mexicanos para la Arquitectura e Ingeniería, sin estimar que en México hubo y hay profesio-

nales, en una y otra materia, verdaderamente admirables.

Pasemos al sobrino. El sobrino lo fué D. Félix Díaz, hijo del «Chato» Díaz, hermano de D. Porfirio. El sobrino tuvo varios cargos de ensayo político y administrativo, hasta que llegó a la meta, desempeñando el puesto de Inspector General de Policía de la ciudad de México, lugar donde residía el Presidente, su tío, con la Corte y con sus Ministros.

Félix Díaz no se conformó con mandar a los gendarmes: mandaba también a los Ministros, y no obedecía al Gobernador del Distrito, su superior inmediato. Él era sobrino, y sobre los sobrinos no debe de haber nada superior. Tenía el monopolio policíaco en el Distrito Federal, y esto le era suficiente para meterse en todas partes. Permitía que otros parientes o amigos traficaran con las sentencias policíacas y judiciales. Tenía para esto, poco más o menos, diez abogados duchos en la infame maniobra de meter y sacar en negocios sucios a víctimas de la Monarquía.

Don Félix Díaz, al derrocamiento de su tío, y finalmente a la muerte de este último, ha querido ser el más legítimo heredero dinástico, y pugna en lucha fratricida por adquirir de nuevo aquella vida de antaño, acomodaticia, de brillo y de dominio.

Hubo otro tipo especial en la familia de la última Monarquía mexicana: es un yerno, Ignacio de la Torre, afortunadamente rico antes del matrimonio, y se dice en México que debido a esto no tuvo que enriquecerse con los dineros de la Nación; pues de lo contrario habría entrado fatalmente en la repartición, con los derechos y fueros que la dictadura le otorgara como yerno. Pero sí: abusando de su calidad de yerno no dejó de cometer grandes desvergüenzas, que aterrorizaron a la buena sociedad. Hacía uso de su influencia oficial para saciar sus apetitos de lujuria. Su divisa era la corrupción de la sociedad; nada para él más satisfactorio que el invento de nuevos placeres; para él se vivía en la época

neroniana o del Renacimiento, haciendo palidecer a los Borgias.

En su impudicia y refinamientos llegó a hacer época el asqueroso «Círculo de los 41», y todos los mexicanos saben que él fué su director, cuyo guarismo significativo ha pasado tristemente célebre a la Historia. Era un crapuloso hastiado.

Figuraba mucho en la «troupe» un tal «Chato» Elfsaga, concuño de D. Porfirio Díaz y personaje bufonesco de tercer orden, pero igualmente funesto en la organización de una sociedad honesta y moderada.

Es, pues, bien difícil saber quiénes son los hombres más nefastos a la sociedad y a su Historia; si los hijos, sobrinos o yernos del mandatario. Tanto unos como otros tienen condiciones generales de corrupción, maldad y abyección, y especiales a cada uno.

Por estos ejemplos es que en México, cuando se presenta un candidato a la Presidencia o a algún puesto elevado, no se inquiere tanto por él, cuanto por la familia y amigos que lo van a acompañar a gobernar.

